B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

PIENSA EN LA VIDA ETERNA

En ella está la clave de la presente que pronto termina

¡Oh Dios!... Antes de que los montes fueran y se formara la tierra y el orbe, eres Tú desde la eternidad a la eternidad (Sal. 90, 1-2).
Tu eres siempre el mismo y tus años no tienen fin (Sal. 102,28).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

INDICE

Presentación 3
Lo temporal y eterno 5
La vida presente y la futura 5
¿En que piensan los hombres de hoy? 6
Brevedad de la vida .7
El tiempo pasa 9
La clave de la vida 11
Las gentes en general esperan otra vida 12
Esta vida no es la verdadera vida 14
¡Vivir eternamente! 15
Aprendamos a vivir 16
Vivamos con la esperanza de la vida eterna . . .18
Pensamientos y ejemplos sobre la eternidad . . .23

ISBN: 84-7770-388-4
D.L. Gr. 152-99
Impreso en Azahara - Printed in Spain

PRESENTACIÓN

He escrito ya varios libros en los que expongo algunas ideas sobre la otra vida,y son los titulados: *"El más allá", "¿Existe el cielo?" y "Esperanza en la vida eterna";* pero en éste hablo del error de los hombres que ponen su dicha en la vida presente y no piensan que la clave de esta vida está en la vida futura y eterna.

Como puede ver el lector no pretendo otra cosa que hacer ver la brevedad de esta vida, la cual no tiene comparación con la eterna a la que debemos aspirar todos.

Es necesario que aprendamos a vivir, dándonos cuenta que esta vida no es la verdadera vida y que el tiempo pasa rápidamente y trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte... El tiempo nos trae a nosotros al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él.

Al final de la vida presente entramos en la eternidad. Nuestro deber es meditar sobre el concepto de la eternidad, porque éste pensamiento nos moverá siempre a obrar bien, y los ejemplos que pongo al final nos ayudarán a aprovechar bien el

tiempo, empleándolo lo mejor posible en orden a la consecución de la vida eterna y feliz que Dios tiene preparada a los que le sirven y aman en la vida presente.

A los que sufren en esta vida por la pobreza, por la enfermedad o por las causas que sea , a todos dice el Señor: *"Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo"* (Lc.6,23).

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 octubre 1998

LO TEMPORAL Y LO ETERNO

La vida presente y la futura

La vida presente, o sea, nuestra vida, a pesar de sus achaques no deja de ser hermosa...; pero es muy breve y la tenemos que saber valorar para comprender la grandeza de la vida eterna.

Nuestra vida es ciertamente muy breve. Dios le ha fijado un límite más allá del cual no podremos pasar (Job.14,5). *"¿Qué es nuestra vida? Es un vapor que por poco tiempo aparece, y luego desaparece"* (Sant.4,15).

"¿Qué es nuestra vida más que un breve día, que apenas sale el sol cuando se pierde en las tinieblas de la noche fría?" (Fernández de Andrada).

"Son raros los hombres que saben contar su vida. ¿Quién no dice 20, 30, 40 o 90 años tengo? Debiendo decir no tengo 20, 30, 40 o 90 años, pues

no se puede negar que los ya vividos los tiene la muerte" (Quevedo).

Vivimos con la ilusión de vivir muchos más, perola muerte se nos echa encima y tenemos que vivir preparados para ella, porque ¡se vive una sola vez!.

Todos nos vamos muriendo, todos vamos camino de la muerte. ¿Podrán ser felices los que no esperan algo más allá de la muerte?.

¿En qué piensan los hombres de hoy?

Los más de de los hombres no piensan en la vida futura; pero, al ver que la presente se acaba ¿no será de locos en no pensar en loque es de duración eterna? ¿Quién no ve que todos los negocios sin miras a lo eterno carecen de sentido?.

Esto es lo que vino a decir Bukarin (del cual ya he hablado en otra ocasión), el gran doctor del "ABC" del *comunismo* a un amigo expulsado de Rusia por sus ideas antimarxistas, porque preocupado él por la doctrina atea que se enseñaba en su patria, en la que se les decía que todo terminaba con la muerte, desesperado, dijo al amigo: "Diles allá a los de Europa, que se den prisa para que encontremos la inmortalidad, pues si hemos de morir un día, todo lo que hacemos carece de sentido".

Y ciertamente ¿de qué le sirve a uno su ciencia

o el correr tras los placeres y vanidades de este mundo, si no descubre el secreto de la vida y no espera nada después de la muerte? ¿De qué le sirve a uno trabajar por adquirir riquezas y el gozar en la vida presente, si en breve se termina y ha de dejarlo todo a otros? Bien podemos decir con e ruso citado que si no vivimos con la esperanza de lo inmortal y eterno, nuestra vida carece de sentido.

Brevedad de la vida

San Pablo nos dice: *"El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente... Esto, pues, quiero deciros, hermanos: eltiempo es corto; resta por tanto, que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; y los que lloran, como sino llorasen; y los que se alegran como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo , como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa"* (1 Cor.7,29 ss).

Estas palabras deben movernos a no apegarnos a las cosas de esta vida y a pesar que estamos de paso, que no somos ciudadanos estables, sino peregrinos, ya que según el apóstol: *"No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb.13,14).

Ante la brevedad de la vida se impone hagamos

una refexión, y la haremos con las siguientes palabras del célebre obispo Bossuet: *"A la postre, nada"*. Poca cosa es el hombre y poca cosa todo lo que se acaba. Tiempo vendrá en que este hombre que os parece tan grande, no exista, en que sea lo mismo que el niño que no ha nacido todavía, en que no sea nada. Por mucho que le dure la vida y aunque se prolongara mil años, al final habrá de llegar a este punto.

No se diferencia de lo que no ha existido más que por el tiempo que dure su estancia en el mundo, y esta diferencia es harto pequeña, puesto que a la postre se confundirá con lo que no existió, lo cual ocurrirá en aquel día en que no solamente parecerá que yo no he existido, sino que no importará nada cuanto tiempo he sido, pues ya no soy.

Entré en la vida bajo la ley de salir de ella; vengo para desempeñar mi papel, para aparecer como los demás, pero después es necesario desaparecer. Yo veo a los demás que pasan delante de mi, y otros me verán pasar a mí; estos, a su vez, cederán su puesto a los que les suceden en el mismo espectáculo, y todos, al fin, nos confundiremos en la nada...

La muerte es inevitable. "Yo escapé de la muerte", decimos, en ésta o en aquella ocasión. Mal dicho, yo escapé de la muerte porque evité aquel peligro, pero la muerte no. La muerte te arma diversas emboscadas. Si escapamos de la una, cae-

mos en la otra, y al fin damos siempre en sus manos.

Paréceme ver un árbol combatido por el viento y cómo éste le va arrebatando sus hojas; las unas resisten más, las otras menos, y si algunas se escapan de la tormenta, llegará el invierno, que las secará y las hará caer. En un naufragio hay quienes se ahogan rápidamente y quienes flotan asidos a una tabla en medio de las olas, y cuando creen haber evitado los peligros, después de mucho tiempo, una ola los estrella contra una roca y los quebranta. Lo mismo ocurre aquí... "La vida se nos apaga como una candela que consume su mecha".

El tiempo pasa

"El paso de una sombra es nuestra vida" (Sab.2,5). *"El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias, brota como una flor y se marchita"* (Job. 14,1).

Si vivimos cuerdamente, al pensar que nuestra vida es muy breve, lo que tenemos que hacer es disponernos para la eternidad. Como nos dice San Pablo: *"Mientras disponemos del tiempo, obremos el bien"* (Gál.6,10). A este respecto Bossuet continua diciéndonos: "¡Ah, con qué razón decimos que pasamos el tiempo! Lo pasamos en realidad y pasamos con él. Toda mi existencia se reduce a un

momento; he aquí lo que me separa de la nada. Un momento pasa y le sigue un segundo, y ambos pasan el uno detrás del otro. Soy yo el que los une, queriendo confiarme seguro; pero me doy cuenta de que me arrastran insensiblemente con ellos y que seré yo el que un día le falte al tiempo y no el tiempo el que me falte a mi.

He aquí a lo que se reduce mi vida. Y lo que es todavía más espantoso, todo pasa ante mi vista, pero delante de Dios permanece, todo me mira. Lo que es mío y su posesión depende del tiempo, porque yo dependo también; pero las cosas son de Dios antes que mías y dependen de Él antes que del tiempo. El tiempo no las puede arrebatar de su imperio, porque Él está por encima del tiempo y ante su vista todo permanece, todo forma parte de sus tesoros.

Lo que yo haya colocado lo encontraré; lo que yo haya hecho en el tiempo, pasará, a través del tiempo, a la eternidad. Todos los momentos de placer que yo disfruté se reducen al instante en que pasan; pero una vez que han pasado, he de responder de ellos como si fueran permanentes. No basta con que yo diga: "Ya pasaron, no pensaré más en ellos. Porque, sí, han pasado para mi, pero no para Dios, que me pedirá cuenta" (Serm. Res. Lázaro).

La clave de la vida

La clave de la vida está en la futura, considerada a la luz de la fe y de la eternidad... La memoria de la eternidad, como dice el padre Nieremberg, es más eficaz que la de la muerte, y si bien una y otra son muy importantes, sin embargo la memoria de la eternidad es más fecunda en santas obras. Por ella las vírgenes guardaron su pureza, los anacoretas vivieron penitentes, y los mártires desafiaron tormentos, siendo así que ninguno de ellos temía la muerte.

Los cristianos, principalmente los que tratan de perfección, no han de temer la muerte, cuya memoria no necesitan para despreciar lo temporal, pues el primer paso que han de dar, según el consejo de Cristo, es renunciar a todo lo que poseen para grangearse los premios que les brinda la eternidad.

La eternidad es una vida interminable, es una duración sin principio, sin fin y sin movimiento. San Gregorio Nazianceno no sabe qué decirse de lo que es la eternidad, sino lo que no es, y así dice: La eternidad no es tiempo, ni parte de tiempo, porque el tiempo y sus partes se pasan, mas en la eternidad no se pasa ni se ha de pasar nada. Porque todos los tormentos con que entra un alma en el infierno, tan enteros y vivos como fueron al principio, la han de atormentar después de millones de años, y de todos

los gozos con que entra el justo en el cielo no se ha de menoscabar alguno. Es preciso vivir para la eternidad. Es necesario que repitamos a menudo como el pintor de la antigüedad Xeuxis, al empezar nuestros trabajos: "Trabajo para la eternidad, vivo para la eternidad". Trabajemos en la obra de una vida santa para la eternidad... Echamos aquí en la tierra el dado que ha de decidir de nuestra eternidad, y de nosotros depende echarlo bien. Una vez arrojado, ya no puede recogerse...

Creamos... estudiemos..., vivamos..., trabajemos para la eternidad... Vivamos de modo que podamos vivir eternamente...

Antes de cada acción, pensemos y digamos para nosotros: Trabajo para la eternidad; vivo para la eternidad; trabajaré, pues, y viviré santamente, a fin de imprimir en mi alma y en mi exterior la imagen y la idea de la virtud, de tal manera que Dios, los ángeles y los hombres puedan alabar mi conducta.

Nuestras buenas obras deben ser vistas por los hombres, para que les sirvan de ejemplo y alaben al Padre celestial (Mt.5,16), pero no para que busquemos las alabanzas propias, porque perderíamos la eterna recompensa.

Las gentes, en general, esperan otra vida

Monseñor Angel Oria, el que fue obispo de

Málaga, dijo: El pueblo que trabaja y sufre, vive, de ordinario, mucho más intensamente que las clases acomodadas, la esperanza de la gloria. Por eso el pueblo conserva una lozanía de la vida que espera que no logran marchitar los desengaños de una vida en que no puso su esperanza.

Hablamos de pueblos que conservan su fe. Los que la han perdido no son pueblos, sino plebe, y no ponen la esperanza de su vida más que en goces superficiales y pasajeros.

El hombre popular, de alma cristiana, practica aquella altísima filosofía expresada por Sancho cuando el duque le ofreció el gobierno de la ínsula Barataria:

"Después que bajé del cielo y después que desde su alta cumbre miré a la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o que dignidades o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más que media legua, la tomaría de la mejor gana que la mayor ínsula del mundo" (Don Quijote, p.2, c.42).

Por Sancho habla el pueblo bueno. ¡Cuántas veces bajo una corteza tosca, de apariencia grosera

y materialista, alienta un alma espiritual, capaz de despreciar un imperio, sostenida por la esperanza de alcanzar la gloria!

Esta vida no es la verdadera vida

No faltan hombres maduros que llegan a conocer esta verdad y terminen corrigiendo sus pecados juveniles, y esto suele suceder cuando los desengaños, las enfermedades, las miserias propias y ajenas les dan la visión real de las cosas, y a su conversación suele contribuir también cuando las pasiones han perdido en ellos el vigor, cuando las esperanzas terrenas le salieron vanas... o por otras diversas contrariedades.

Y entonces comprenden que esta vida no es la verdadera vida, y el hombre normal y virtuoso, libre del demonio de la lujuria, u ordenada ya su vida de matrimonio, y del demonio de la soberbia, vuelve la vista a la vida verdadera y pone en ella sus esperanzas.

También entonces triunfará plenamente y rectificará criterios juveniles, proclamando su fe, si vence el tercer enemigo, que es el mundo, es decir, si pisotea el respeto humano.

A la hora de la muerte no es raro el caso de pecadores, y hasta de pecadores escandalosos, incluso de hombres impíos, perseguidores de la Iglesia, que

a la hora de la muerte , reconociendo sus errores, se arrepienten y confiesan.

La fe nos dice que después de la muerte empieza la vida eterna, y a la luz de la fe y de la razón hemos de valorar todo lo de esta vida a la luz de la eternidad. No todo termina aquí y por eso el apóstol nos dice: *"No estéis tristes como los que no tienen esperanza de la vida eterna"* (1 Tes.4,14). Cristo vino *"para que todos los que crean en Él tengan vida eterna"* (Jn.3,16). Y *ésta es la promesa que Él nos ha hecho la vida eterna"* (1 Jn.2,25).

¡Vivir eternamente!

Este es el deseo más profundo y fuerte del hombre. Como dice Monseñor Tihhamér Tóth, "Cada una de nuestras venas, cada fibra de nuestros nervios clama contra el perecer, contra la muerte... Es la vida lo que consuela con nuestra naturaleza y no la muerte. Por esto nos entristecemos cuando la arruga se graba en nuestra cara, cuando las canas, las piernas cada vez más débiles, la respiración siempre más cansada, nos dicen que nos vamos gastando, que nos vamos envejeciendo, que nos acercamos a la muerte. Y el hombre no quiere morir".

Entonces la enseñanza de nuestra fe sacrosanta nos dice: ¡No morirás!. Con tu muerte terrena "la vida sólo cambia, mas no cesa, y disuelta nuestra

morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo" (Pref. Dif.).

El ocaso de la vida terrena es el amanecer de la vida eterna. Para el cristiano, pues, la muerte no es el término de la vida, es el comienzo feliz de una nueva existencia. "Con la muerte pasamos a la inmortalidad: no podemos llegar a la vida eterna sin salir de esta actual, la muerte no es una muerte, es un tránsito" (S. Cipriano).

Viviremos eternamente... en el cielo donde ya *"no habrá muerte ni llanto, ni lágrimas ni más dolor"* (Apoc. 21,4), y será tan grande el premio, como dice San Pablo que *"ni el ojo vio, ni el oido oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman"* (2 Cor. 2,9).

Aprendamos a vivir

Todos tenemos que aprender a vivir. A muchos jóvenes se les oye decir ¡"queremos vivir nuestra vida"!. Y había que decirles: ¿Qué significado dais a esta frase? Porque puede ser un grito santo y divino y puede ser una necia y vana expresión de independencia, de ignorancia y falsa dignidad; una afirmación indigna de la personaidad del cristiano.

¡Vivir la propia vida! ¡En cuántas bocas esta afirmación significa lo contrario de lo que se quiere decir! ¿A qué llamáis vivir la propia vida?.

- ¿A vivir la vida de las pasiones y apetitos?. ¿A vivir la vida de la vanidad de mundo?. ¿A vivir la vida de lo que hay en ti de más bajo y miserable, lo falto de valor, la vida que los demás te imponen?. ¿A vivir la vida de pecado? ¿Cuántos van por el camino del vicio, de la droga y caen en la enfermedad de "sida"?

Todos debieramos renovarnos, vivir la vida de la gracia, la vida divina que Dios nos ha preparado a todos, a que está trazada desde la eternidad en la mente de Dios, la que merece las gracias de Dios, que tiene dispuestas para cada una de nuestras buenas obras, una vida de sacrificio, de abnegación, de caridad.

Vivir tu vida es vivir para los demás, no para ti. Vivir tu vida es vivir para Cristo, vivir muriendo a esta vida para alcanzar la plenitud de la vida en el reino de los cielos.

"Si queremos vivir bien, amemos más lo que promete Dios que lo que promete el mundo, y temamos más aquello con que amenaza Dios que aquello con que amaneza el mundo.... Las promesas del mundo siempre fallan; las promesas de Dios, en cambio, nunca fallan" (S. Agustín s. 32,14). y *"Esta es la promesa que Dios nos hizo , la vida eterna"* (1 Jn. 2,25).

Cuando San Francisco de Asís estuvo cerca de Rieti, en una pequeña iglesia, allí afluía la gente. El

camino pasaba por una viña que pertenecía al párroco de la iglesia. La viña fue destrozada y saqueada por la muchedumbre que por allí pasaba.

Entonces le pesó al buen hombre el haber dado albergue al Santo. Pero éste, como si hubiese adivinado su pensamiento, le llamó y le preguntó: "Padre carísimo, ¿cuántas cargas de vino da esta viña cuando hay buena cosecha?. "Doce cargas, respondió". Te ruego, Padre, añadió San Francisco "que lleves con paciencia que yo esté aquí unos días... deja comer a todos tus uvas por amor de Dios y de este pobrecillo, y te prometo de parte de mi Señor Jesucristo, que te dará este año veinte cargas".

Al llegar el tiempo de la vendimia, el cura apenas pudo recoger una cuba de miserables racimos de la viña devastada. La hizo pisar y de ahí obtuvo veinte cargas de excelente vino, conforme a la promesa del santo" (Florecillas, 13).

Dios es fiel en sus promesas. Él no miente. ¿Y qué nos ha dicho que tenemos que hacer para alcanzar la vida eterna? *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17). Este es el camino.

Vivamos con la esperanza de la vida eterna

Nos vamos a fijar en lo que nos dicen los Santos Padres de la Iglesia acerca de lo que es la vida pre-

sente con relación ala futura y eterna, o sea, el cielo al que debemos aspirar.

- **San Gregorio Magno:** "Nuestra vida presente, en comparación de la eterna, más es muerte que vida".

- **San Juan Crisóstomo:** En este mundo sois huéspedes y pasajeros: el cuelo es vuestro país; allá debéis trasladar todo cuanto tenéis y antes de llegar a la divina Patria, recibiréis en este mundo una especie de recompensa. Porque el que en esta vida se alimenta con la espranza de los bienes celestiales, y vive lleno de confianza de conseguirlos, ya guarda de antemano la felicidad del reino eterno (Homil. ad pop., sent. 4).

- **San Agustín:** En la tierra se halla la turbación; en el cielo posesión tranquila; en la tierra amarguras; en el cielo una gloria y un poder que no engañan, aquí el temor de que el amigo se convierta en enemigo; en el cielo, el amigo no deja de serlo, porque el cielo no conoce la enemistad...

Nuestra vida es un destierro, andamos rodeados de peligros, y en la hora de la muerte ignoramos si iremos al cielo. En el cielo no hay destierro ni peligro, ni incertidumbre, ni tempestad, ni naufragio (Medit. c.19).

- **San Agustín:** La tierra no es más que una cárcel, un destierro, sin embargo, esta cárcel es ya

bella y agrada, ¿qué será pues la Patria? (De conflic. vit.).

- Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad (Lib. de cicit.).

- El que aquí no suspira como el caminante que está distante de su patria, jamás tendrá el contento de habitar en ella como ciudadano (Ps. 148. s. 176).

- **San Atanasio:** ¿Quién es el hombre de juicio que no quiere ser del pequeño número de los que van al cielo por la senda estrecha del Evangelio, más bien que juntarse con la multitud de los otros, que corriendo por el camino ancho van a caer en eterno precipicio? (Sent. 8).

- **San Basilio:** No debemos buscar las cosas que no nos han de acompañar después de esta vida; aficionémonos únicamente a los bienes que nos han de seguir inseparablemente y adornar para siempre nuestros cuerpos y nuestras almas... Cada una de nuestras acciones, o nos acerca al infierno, si lleva el peso de la culpa, o nos habilita, si es virtuosa, para subir a Dios (Homil., 33, sent. 21).

- **San Juan Crisóstomo:** El reino de los cielos se consigue con la violencia. Los que son cobardes y perezosos no pueden conseguirlo, pues sólo se logra trabajando con mucho cuidadoy diligencia. Por ser muy estrecho el camino del cielo, se nece-

sita mucha constancia y valor para llegar a él (Homil, 54. sent. 82).

- **San Clemente Romano**: Sabed, hermanos, que la peregrinación de esta carne en el mundo es breve y de poca duración; en cambio, la promesa de Cristo es grande y admirable, lo mismo que el reposo del reino futuro y de la vida eterna (Ep. 2ad Cord. 5,5).

- **San Agustín:** En el cielo ningún bien hace falta, ningún mal existe (Lib. 10 de Cit. c.7).

- El reino de los cielos sobrepuja en grandeza a todo lo que pueda decirse,... aventaja a todas las glorias imaginables (Lib. de dilig. Deo, c.18).

Los bienaventurados ven constantemente el rostro de Dios (Mt. 18, 10); *verán a Dios como El es* (1 Jn. 3,2), y *le veran cara a cara* (1 Cor. 13,12), y como dice Santo Tomás no ven a Dios en imagen, sino en sí mismo, presente a su inteligencia, como un árbol lo está para nuestros ojos.

Los moradores del cielo "se aman unos a otros". En el cielo son todos mutuamente una cosa (Jn. 17,21).. San Cipriano dice: ¡Qué alegría no tendremos, cuando hallemos allí a nuestros parientes y amigos, después de tan larga separación! Acordémonos del gozo del anciano Jacob, cuando volvió a ver a su hijo José en puesto más encumbrado de Egipto. En el cielo nos aguardan un gran número de nuestros amigos.

Los bienaventurados están libres de todo mal. *No tendrán hambre ni sed* (Apoc. 7,16) *ni habrá más muerte, ni tristeza, ni llanto, ni dolor* (Apoc. 21,4), *ni más noche* (1,5). Tampoco podrán volver a pecar, porque su voluntad se ha transformado en la voluntad de Dios.

Los gozos del cielo son eternos, pues Cristo dice: *"Los justos irán a la vida eterna,* esto es, a una vida feliz que no tendrá fin... El Espíritu Santo estará unido con ellos por toda la eternidad (Jn. 14,16). Nadie puede quitarles ya su gozo (Jn. 16,22) Nadie puede arrancarlos de las manos del Padre (Jn. 10,29).

La recompensa que Dios da a todos los que se salvan será una recompensa eterna, que es la única digna de Dios.

Y termino diciendo con San Agustín: "El que quiera ser feliz, encamínese presuroso al reino de los cielos. Este no está cerrado sino para aquel que quiere excluirse de él".

Los bienes de la tierra son pasajeros y humanos. El cielo lo hemos de conquistar con el desprendimiento de todos los bienes de la tierra, aspirando a los imperecederos y eternos.

PENSAMIENTOS Y EJEMPLOS SOBRE LA ETERNIDAD

Todos vamos peregrinando en esta vida, y ¿a dónde vamos? En la Escritura Santa leemos: *"El hombre irá a la casa de su eternidad"* (Ecle. 12,5). Este es el fin hacia el cual caminamos.

Este "gran pensamiento", como le llama *San Agustín*, nos moverá siempre a obrar el bien, a apartarnos del pecado y a la práctica de la virtud. Este pensamiento llenó la mente de *Santa Teresa de Jesús* desde su infancia, y en el tuvo comienzo aquella vida de santidad.

San Luis Gonzaga, ante las vanidades del mundo solía exclamar: "¿Qué valor tiene esto en orden a la eternidad?". **San Antonio María Claret** no tenía más que cinco años y ya le preocupaba, hasta le obsesionaba, el problema de la eternidad. Su madre le oía repetir estas palabras: ¡Eternidad!, ¡Eternidad!... ¡siempre, siempre!... ¡Jamás, jamás!. Y luego también: Y aquello ¿no acabará nunca? ¿Siempre habrá que padecer?....

¿Cuál será mi eternidad? La eternidad es doble: feliz o desgraciada. ¿cuál escogeremos? Del modo que al presente vivamos, viviremos luego eternamente.

Tengamos presentes estos pensamientos: primero el de San Gregorio Magno: "Usa las cosas tem-

porales, desea las eternas; aprovecha las cosas temporales por el camino, anhelas las eternas para cuando llegues al término", y después pensemos en este dicho de San Agustín: "¿Años eternos? ¡Qué alta meditación! Tal meditación pide un silencio grande. Debe estar lejos de todo estrépito exterior, de todo tumulto de las cosas humanas el que quiera meditar en esos años eternos" (In. Ps. 76,8).

Veamos ahora algunos ejemplos sobre este tema de la eternidad.

1

El ejemplo de Santo Tomás Moro, aunque repetido en alguno de mis libros, lo pongo aquí para que veamos que prefirió el martirio ante el pensamiento de no perder la eternidad dichosa. Tomás Moro, el gran canciller inglés fue condenado a muerte por su fidelidad a la fe católica. El canciller no quiso reconocer por matrimonio válido las relacionas pecaminosas del rey (Enrique VIII), ni a éste por cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Por esto tuvo que ir a la cárcel y finalmente se pronunció contra él sentencia condenatoria... El rey intentó antes romper la resistencia del canciller por medio de los tormentos de la cárcel.

Se le envió su hija predilecta, Margarita, para ablandar la voluntad del padre. En vano. Su esposa también fue a verle a la prisión y con lágrimas instó

al condenado a que tuviese en cuenta a la familia y por amor suyo salvase su vida. Tomás Moro le preguntó con serenidad: "Dime ¿cuántos años podríamos aún vivir juntos?". Ella contestó "Por lo menos veinte años". "Pues mira, si por lo menos hubieses dicho mil años, aún habría sido algo. Pero ¿por sólo veinte años he de dar yo la eternidad?"... Y sufrió gustoso el martirio por no perderla.

2

Un joven maestro de obras acababa de colocarse por su cuenta como empresario. Un viejo cervecero, amigo de la familia, ahora enriquecido, quiso alentarle encomendándole una importante obra.

- Jaime -le dijo,- aquí tengo un bosquejo de mis planes sobre una casa. Emplea los mejores materiales; tienes carta blanca para hacer una obra digna, lo mejor que sepas y puedas.

Jaime aceptó. Al principio se propuso hacer la obra a conciencia, pero, poquito a poco, la codicia de mayores provechos le indujo a escatimarlo todo. Empleaba materiales baratos, cargándolos en la cuenta como de calidad superior, obreros de segunda categoría, y así con todo lo demás. Concluída la casa, Jaime entregó las llaves a su amigo junto con la cuenta, que ascendía a miles de libras esterlinas. El cervecero le firmó el cheque y le dijo: Aquí tienes las llaves y la escritura de propiedad. Es un

regalo que te hago, espero que seas feliz en ella. Jaime se instaló en la nueva casa. Vino el invierno y la humedad calaba las paredes; el viento silbaba entre las rendijas; la lluvia chorreaba desde el techo; las ventanas no cerraban bien.... ¿Y yo tengo que vivir aqui toda mi vida? -se dijo. ¡Qué loco he sido de no hacer una obra sólida y confortable!

Cada uno de nosotros se está labrando su propia casa, su propio carácter y su propia alma; y Dios nos ha dado carta blanca y los caudales de la gracia. Por toda la eternidad será nuestra alma aquello que nosotros habresmos hecho de ella.

3

Fernando III, rey de Castilla, en medio de la pompa real pensaba de continuo en la eternidad. Sentado en su trono, se imaginaba que alguien le susurraba al oído: "Fernando, piensa en la eternidad".

En plena guerra, siempre que oía el sonido de la trompeta bélica, se le antojaba oir la del juicio final que le iba repitiendo: "Fernando, piensa en la eternidad". En su propia cámara aparecían escritas en la pared, con caracteres cubitales, estas palabras: "Fernando, piensa en la eternidad".

¿Pienso yo en ella? ¿La medito? ¿Ajustó a ella mi norma de conducta? Si pensase seriamente en ella, ¿viviría así?

4

En una escuela militar de París, el sacerdote predicó sobre la condenación eterna. Al final del sermón un capitán incrédulo dijo en tono de sorna:
-Olvidó decirnos, señor cura, si en el infierno seremos cocidos o asados.

El sacerdote miró al capitán y le contestó: Señor capitán, no satisfago ahora su curiosidad; ya lo verá usted por sí mismo.

Tal respuesta inesperada, conmovió al incrédulo y le produjo una desazón constante que le indujo a convertirse y cambiar totalmente de vida.

También a ti te será de gran provecho pensar en la vida y en la condenación. ¿Condenarse? ¿Perderse para siempre? ¡Abusamos con ta ligereza de la palabra "eternamente"! Pero medita con seriedad lo que significa.

5

Suponed que os van a procurar la situación más deseable para la satisfacción de todos vuestros sentidos. Suponed que estáis tendidos en el más blando lecho, embalsamado con las fragancias más suaves y mecido por el son de las más agradables armonías. Pero con esta condición: que, una vez adoptada esta postura, la conservéis no sólo un día, sino un año, un siglo, una eternidad.

¿Un año entero? ¿Podrías aguantarlo?. ¿podrías soportar esta monotonía en el placer?. Pues ¿cómo soportarías la monotonía de los sufrimientos, contando una a una todas las horas, todos los minutos de un sufrimiento que no se acaba? Los condenados sufrirán durante toda una eternidad. Jesucristo nos dice: *"Estos (os impíos) irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna"* (Mt.25,41 ss).

6

En los espantosos días de la revolución francesa un párroco de Lyón fue arrastrado ante los tribunales. -¿Crees que hay infierno? -le preguntó con sorna un revolucionario.

-Claro que sí- contestó el párroco-, tengo que creerlo por fuerza al ver vuestros crímenes. Si antes no lo hubiese creido, vuestros crímenes, que claman al cielo, me o harían creer ahora. No lo dudemos, ¡el infierno existe con suplicios eternos, porque así nos está revelado!.

7

Miguel Angel ha sido uno de los más grandes artistas de todos los siglos. El Papa le llamó un día y le encargó pintara la Capilla Sixtina.

Miguel Angel tomó el lápiz, trazó las líneas, terminó unos dibujos y subió el mismo a los andamios. Tomó los pinceles y empezó a pintar. Y allá arriba

se pasaba los días, las semanas y los meses. Estaba como extasiado ante su misma obra. Al fin, un día se presentó el Papa al pie de los andamios y gritó desde abajo:

Miguel, ¿cuándo terminas? -cuando pueda, contestó el artista-.

- Hace meses que has empezado -añadió el Pontífice, y parece que no has empezado aún.

- Santidad, replicó el artista-, yo no trabajo para el tiempo, trabajo para la eternidad.

8

Meditad detenidamente en la contestación que dió un misionero inglés a un multimillonario americano. Este invitó al misionero a comer. Durante la comida el teléfono llamaba continuamente, y el dueño de la casa, aun comiendo, seguía con sus negocios.

-¿Ve usted, reverendo padre? Aquí, en América no se pierda nada de tiempo. Estamos comiendo y seguimos trabajando.

- Tiempo... realmente, lo que es tiempo no se pierde -contestó el misionero-, pero lo importante es que no se pierda la eternidad.

9

Se alzaba en Heliópolis, ciudad del Bajo Egipto, mil obeliscos que parecían flechas lanzadas al cielo.

Mas un día se presentó al faraón un viejo y le dijo: -Cede tus armas, deja tu palacio y tu reino; derriba tus obeliscos, destruye tus templos, tu ciudad.... y vete.

Rióse el faraón: ¡Anda viejo loco!. Todos los pueblos limítrofes me han rendido sus armas, he incendiado sus palacios, he destruído sus ciudades y sus templos, ¿y tú pretendes imponerte a mi? ¿Eres tu más fuerte? ¿Quién eres tu?.

- Levantó el anciano su cabeza y respondió: Yo soy más fuerte que tu, porque soy el tiempo. Palideció el faraón y bajó la cabeza. Abandono el reino, cayó su cetro y su ciudad y sus armas fueron consumidas por el orín.

El anciano se presentó también en Babilonia y en Nínive y en Cartago, en Roma.... y todos obedecieron. Paso y volvió a pasar, y a su fatídico paso todo se derrumbó.

Mas un día en sus correrías, volvió a Roma, subió al Vaticano y dió la misma orden; pero el Papa no quiso obedecer y permaneció tranquilo.

- ¡Es que soy el tiempo!, gritó el viejo.

Y el Papa le respondió sosegado: Pues yo soy la eternidad.

Cristo es inmortal, resucitó para nunca más morir. Y la Iglesia su obra, durará hasta el último día de los siglos. Los poderes del infierno ni el tiempo nada podrán contra ella.

10

Hace ya muchos años, un buque inglés naufragó frente a las costas de Brasil. Llevaba un cargamento de duros de plata. Para salvar este tesoro, pudieron ser aprestados sobre cubierta algunos barriles de esta moneda; pero el barco se hundía tan rapidamente, que tuvieron que ser abandonados y todo el mundo se precipitó a los botes.

Cuando partía el último bote, se oyeron martillazos sobre cubierta, y un oficial se volvió atrás para ver si alguien quedaba en el buque. Con gran sorpresa, vió sobre cubierta un hombre rodeado de montones de plata y atareado en abrir otros cajones a golpes de hacha. El oficial le gritó despavorido:

- ¡Fuera de ahí, desgraciado! ¡El barco va a explotar!

- No importa, repuso el loco. He vivido pobre toda mi vida, pero ahora por lo menos voy a morir riquísimo.

Insistió el oficial para hacerle entraren razón pero el loco le amenazó con la segur. El oficial tuvo que abandonarlo, y apenas alcanzó su bote, el buque se hundió.

Era un loco ciertamente porque perdía su vida para gozar unos instantes de su tesoro. Pero difícilmente será más loco que nosotros, si arruinamos para siempre nuestras almas por gozar viles place-

res durante unos pocos años que son un instante comparados con la eternidad.

En la Sagrada Escritura leemos: *"El número de los días del hombre, a más tirar, son cien años; como una gota de agua en el mar, como un grano de arena, así son sus pocos años a la luz del día de la eternidad"* (Eclo. 18,8).

"Los sufrimientos, las penas y trabajos de la vida presente, no son de comparar con aquella gloria eterna, que debe resplandecer un día en nosotros".(Rom. 8,18).

"El mundo pasa y sus concupiscencia. Mas el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente".(1 Jn. 2,17).

"Lo que el hombre siembre (en esta vida), *eso recogerá* (en la eternidad).... *No nos cansemos de hacer el bien....* (Gál. 6,8-9).

Laudetur Iesuschristus = Alabado sea Jesucristo